

de regla á los que quisiesen escribir en verso y en prosa¹ ».

Prevaleció el parecer de Chapelain. Pero por de pronto hubo algunas vacilaciones; al principio se trató de pronunciar discursos y se llegó hasta el vigésimo. Entre los más curiosos hay que recordar el de Gombaud sobre *el yo no sé que*, el de Porchères-Laugier sobre *las diferencias y conformidades que hay entre el amor y la amistad*, el de Desmarets, sobre *el Amor de los espíritus*, seguido del de Boissat sobre *el Amor de los cuerpos*, sin olvidar á Bardín que, á propósito del tema: *Del estilo filosófico*, explicó « en lenguaje muy puro y muy natural », dos proposiciones de sutil metafísica: *que hay algo que es más que todo y algo que es menos que nada*.

La querrela del *Cid* vino á interrumpir estos discursos, cuya moda no debía reanudarse sino con ocasión de la recepción de nuevos miembros. El recipiendario que inauguró el nuevo orden de cosas fué el abogado Patru, admitido en 1640. Pero los discursos se pronunciaron á puerta cerrada.

Después de decir lo que venía al caso á Corneille, no sin asomos de envidia, y de haber expresado, á instigación de Richelieu y de Scudéry, sus sentimientos acerca del *Cid*, « cuyo aplauso y censura eran cuestión de debate entre los doctos y los ignorantes », la Academia puso manos á la obra en su Diccionario y el 17 de octubre de 1639 acabó la letra A empezada el 7 de febreo anterior.

Vaugelas que, desde hacía largo tiempo había hecho muy notables y curiosas observaciones acerca de la lengua, las ofreció á la compañía y, á partir de aquel momento, se puso enteramente á su servicio para la elaboración del diccionario.

Sus decisiones apenas fueron discutidas. Chapelain, al emplear la palabra *félicité*, escribía: « Si no es francesa, lo será el año que viene, pues el Sr. Vaugelas me ha prometido no oponerse á su aceptación. »

Para la elección de las palabras, se formó un catálogo de los libros más célebres, incluyendo en él para la prosa: á Amyot, á Montaigne, el Catolicón de España, á du Perrón, á San Francisco de Sales, á d'Urfé, á de la Noue, á d'Ossat, y á Pasquier, entre los más conocidos; — y, para los versos: á Marot, Ronsard, du Bellay, Belleau, du Bartas, Desportes, Régnier y Malherbe.

Al leer estas obras, la Academia adoptaba con frecuencia decisiones de que están llenos sus registros; y cuando, en la corte, ó en el hotel de Rambouillet, había dado lugar á prolijas discusiones alguna palabra,

1. La Academia Francesa renunció con muy buen acuerdo á publicar la gramática. No siguió el mismo ejemplo la Academia Española, que viene multiplicando, desde su fundación, las ediciones de su gramática, obra privilegiada y de pingüe rendimiento, aunque es incompleta, confusa é inferior á las de Bello y Salvá. Puesto que la Academia es rica, debía dejarse de Gramáticas y emplear sus rentas en premiar dignamente en público certamen á los ingenios españoles que quisieran imitar á Nebrija y al Brocense. (N. del T.)

no dejaba de hablarse de ella en la Academia. Así por ejemplo, entre *Muscards* y *Muscadins* la docta compañía se decidió por la última, lo cual dió motivo á Voiture para uno de sus graciosos epigramas.

No fué éste el único que tuvo que soportar la Academia desde los primeros días de su establecimiento, en que, para molestar á Richelieu, el abate de Saint-Germain había empezado á hablar muy injuriosamente de la nueva institución con extraña animosidad.

Muerto Vaugelas, no interrumpió este suceso las tareas de la Academia, pues no faltaron buenos ingenios que acudiesen en su ayuda. El Padre Bouhours con sus *Dudas acerca de la lengua francesa*, Fénelón con su *Carta* hoy clásica, y Tomás Corneille (*Observaciones acerca de las notas del Sr. de Vaugelas*) hicieron más para ayudarla á cumplir su tarea que cuanto pudieron hacer en contra las críticas de Saint-Évremond, de Ménage, de Bois-Robert, y la oposición de Escipión Dupleix y de la Srta. de Gournay, hija adoptiva de Montaigne, defensores ambos decididos del viejo lenguaje.

En medio de sus sesiones de filología, preocupóse la Academia de la fundación de un premio de poesía y otro de elocuencia. El tema del concurso era invariablemente el elogio del rey y esto le valió á Luis XIV hiperbólicas lisonjas.

Entretanto la Academia seguía cambiando de domicilio; « isla de Delos de los poetas, anduvo errante y flotante hasta el nacimiento de su Apolo », es decir hasta el día en que Colbert obtuvo del rey, en 1672, que pudiese reunirse en el Luvre. Sus miembros tomaban asiento en sillas, pues sólo el Director tenía un sillón. Pero el cardenal d'Estrées, que estaba muy achacoso, halló muy incómodas las sillas y solicitó que le permitiesen llevar un asiento mejor. Enterado Luis XIV y previendo las envidias á que había de dar lugar semejante distinción, ordenó al intendente del guardamuebles que hiciese llevar cuarenta sillones á la Academia.

En el Luvre fué donde, á propuesta de Perrault, con motivo de la recepción de Fléchier (1673), fué admitido el público por vez primera á las sesiones de recepción para oír los discursos de los nuevos académicos, con excepción de las mujeres que debían aguardar aún treinta años. En 1693, el discurso de recepción de La Bruyère, que causó algún escándalo, dió lugar á la redacción del nuevo reglamento, según el cual el discurso del recipiendario debía ser sometido á una comisión encargada de recibirlo á fin de evitar toda sorpresa.

Entretanto no se acababa el *Diccionario*. El de Furetière se adelantó al de la Academia y apareció, como obra póstuma, en 1690.

La Academia, picada, se apresuró á publicar el suyo en 1694¹. Tiene el defecto de no ser accesible sino á los sabios y literatos, por consecuencia de la clasificación de las palabras por raíces y por derivados. Compuesto para la « gente respetable » dejó en olvido los términos técnicos. Además, desde otro punto de vista, los académicos proscribieron demasiadas palabras muy sabrosas y muy pintorescas de la antigua lengua, lengua de imaginación y de sensación, por no haber querido retener sino el vocabulario abstracto, que hace tal vez la expresión más precisa, como lengua de filosofía y de análisis, y más clara, pero seguramente más fría y más desnuda.

Fenelón, elegido académico, decía: « Nuestra lengua carece de gran número de palabras y, hasta me parece que, desde hace cien años, queriendo purificarla, la han empobrecido y cohibido. »

Estas cuestiones preocupaban y apasionaban á la sociedad intelectual, así á hombres como á mujeres. Cada salón aspiraba al título de pequeña Academia, donde se discutían febrilmente los problemas más elevados de la filosofía, de la astronomía, de la gramática, de la crítica y de la historia. Leíase, juzgábase, preferíase y disputábase en nombre de Homero para acabar por reconciliarse sobre la tumba de Palinuro. ¡ Tiempos felices en que no tenían más graves causas las disidencias y disputas !

Una de las más ruidosas y más obstinadas fué la famosa querrela de los antiguos y de los modernos.

Preguntábase al Sr. Dacier cuál era más hermoso, Virgilio ó Homero. Él respondió inmediatamente: « Homero es mil años más hermoso. »

Toda la cuestión estribaba en esto. ¿ Ganan las obras literarias con el tiempo como los vinos finos ?

El hombre, al declinar de su vida, vuelve á ver bajo un aspecto maravilloso las horas pasadas de su infancia. « En mi juventud », decía ya el viejo Néstor en la *Iliada*, y Horacio, en una epístola á Augusto, se quejaba del entusiasmo de sus contemporáneos por los autores de Grecia, cual si la literatura ganase con la vejez.

En el siglo xvii, la cuestión, promovida por escritores que no tenían, por otra parte, las razones de Horacio, adquirió todos los visos de una disputa acalorada; los despreciadores de la antigüedad no figuran entre los grandes espíritus del siglo xvii. Hirieron en sus sentimientos de admiración y de gratitud á Boileau y á Racine, á todos los partidarios y deudores de los Antiguos. La querrela, en la que adujeron excelentes razones los campeones contrarios, pasó por encima de ellos, se desvió

1. La Academia Española se mostró mucho más activa en la publicación de su Diccionario; pero puso menos discreción en la elección de los autores, y en la de los vocablos. Recuerdo haber oído, en mi juventud, críticas bastante severas y justas al erudito profesor de griego de la Universidad de Madrid, D. Lázaro Bardón. (N. del T.)

de su camino, y, después de numerosas reyertas, quedáronse en sus posiciones. Dió la alarma Desmarets de Saint-Sorlin en su *Tratado para juzgar á los poetas griegos y latinos*. Llamándole la atención el hecho de que los autores se inspirasen únicamente en Grecia y Roma, escribía:

— Emprendo la lucha contra los amantes de la antigüedad, que desearían hacernos soltar la pluma, poniéndonos, si pudiesen, en la imposibilidad de poder llegar jamás á donde llegaron los antiguos.

Este primer dardo no dió en el blanco. Habiéndose hecho místico, compuso su poema *Clodoveo* con un prefacio á Luis XIV.

— No hay presunción, dice, por parte de un cristiano, en creer que merced á una superioridad que procede de Dios, hace versos mejor concebidos, mejor ordenados y más sensatos que los de un pagano.

Sus ideas no fueron discutidas. Sin embargo, Boileau, en el tercer canto de su *Arte Poética*, censura á los autores que pretenden hacer intervenir á Dios, á sus santos y á sus profetas en sus versos, y niega el valor poético de lo maravilloso cristiano y de Lucifer:

Boileau se equivocaba. El Taso, á quien, por otra parte, cita y, en su tiempo, Milton, en Inglaterra, en el *Paraíso perdido* (él no lo conocía) le desmienten á falta de *Clodoveo*.

Más adelante encontraremos á Boileau y podremos precisar su papel.

Entretanto Desmarets le cubrió de devotos anatemas y hasta se cambiaron algunos epigramas sin consecuencias.

Siguieron á las primeras escaramuzas quince años de calma; pero el estado de guerra era latente y estuvo á punto de echarlo todo á rodar una inscripción que había que grabar en un arco de triunfo y que no se sabía si grabarla en francés ó en latín. En el prefacio de *Ifigenia*, burlábase donosamente Racine de Pedro Perrault, que había criticado á Eurípides sin entenderlo; Claudio Perrault rimaba una sátira, el *Envidioso perfecto*, contra Boileau, y Carlos Perrault, en el prefacio de *San Paulino*, atacaba el *Arte Poética* y su diatriba contra lo maravilloso cristiano.

El 27 de enero de 1687, Perrault, autor de los *Cuentos de hadas*, leyó, en la sesión de la Academia francesa, su poema del *Siglo de Luis el Grande*.

Según su parecer, son superiores á los antiguos, los Régnier, los Ménage, los Gombaud, los Malherbe, el elegante Sarrazín, el tierno Voiture, los Godeau, los Racán y los Tristán.

Esto era ya demasiado; Boileau no pudo contenerse y, en plena sesión, apostrofó con vehemencia á Perrault. La sesión fué tumultuosa. « En

medio de aquel gran tumulto, se lee en un ensayo satírico de la época¹; todos se tiraban los libros á la cabeza, valiéndose de sus obras como de armas. » Los volúmenes en dozavo llevaron la peor parte; los Goliats, es decir los gigantes, los infolios, los derrotaron por completo y era de ver cómo quedaban las pobres hojas volantes.

La Academia se dividió en dos campos. Boileau hizo una serie de epigramas acerca de esta sesión memorable, tratando á la ilustre compañía de tribu de topinambos y de casa de locos; Racine, interviniendo en la contienda, hace suponer que Perrault quiso bromear. Y La Fontaine proclama en su *Epístola á Huet* que, por no admirar á los griegos y á los romanos, se extravían los escritores buscando otros caminos.

Entre los auxiliares de Perrault figuró Fontenelle, que, tratando la cuestión como filósofo, en su sugestiva digresión acerca de los antiguos y modernos, sostiene la tesis de que la naturaleza inimitable produce en todas las épocas genios iguales en calidad y en cantidad. « Nuestros árboles son tan grandes como los de otro tiempo. »

Esto mismo pensaba Plinio el Joven cuando decía: « Admiro á los antiguos, pero no soy de los que desprecian á los modernos. No puedo creer que la naturaleza agotada é infecunda no pueda producir nada bello². »

Fontenelle agrega que si, desde el punto de vista de las aptitudes, es igual el mérito, los modernos, aprovechándose de las ideas y progresos de las generaciones sucesivas, deben necesariamente ser superiores á los antiguos. Perrault no hace más que reproducir esta tesis en su *Paralelo entre los Antiguos y los Modernos*. Es una serie de cinco diálogos sobre las artes, ciencias, poesía y elocuencia entre un abate juicioso, un caballero impertinente y un presidente imbécil, adorador de los antiguos. La escena tiene lugar en el castillo de Versalles y la conversación se entabla en la gran escalera.

En cuanto á los detalles, Perrault expone juicios que á veces sorprenden. Demóstenes es demasiado tieso, el Sr. de Maistre es más magnífico que él; Platón es inferior á Pascal; Horacio es un semisatírico que no vale tanto como Despréaux; Sófocles y Eurípides valen menos que Garnier y Hardy; Homero no tiene ni composición ni costumbres, ni caracteres; su brutal *Aquiles*, que se queda en su tienda armado, no es hombre de ingenio, y hay menos invención en la *Iliada*

1. *La guerra de los autores antiguos y modernos* (Lyon, en casa de Claudio Muguet, rue Mercière, á la insignia del Buen Pastor, MDCLXXVII).

2. En Francia, no se ha extinguido por completo esta lucha entre el clasicismo y el modernismo. Con motivo de la modificación de los programas, decía no hace mucho tiempo un escritor nada reaccionario, Anatole France: « Profeso al latín un amor desesperado. Creo firmemente que, sin los estudios latinos, se acabó la belleza del genio francés. El latín no es para nosotros una lengua muerta sino una lengua maternal; somos latinos. » (*La vie littéraire*, I^{er} vol., p. 287); ¿Qué diríamos nosotros que casi hemos perdido hasta el recuerdo de nuestros humanistas? (N. del T.)

que en el *Ciro*. La columnata del Louvre es una manifestación artística que sobrepuja al Partenón, y Lebrún hace olvidar á Rafael.

Boileau permaneció algún tiempo indeciso; al fin, se resolvió á responder cuando fueron á gritarle al oído: « ¿ Duermes, Bruto? » Su respuesta no fué muy feliz. Restrindiendo el debate á Píndaro y á Homero, la emprendía con Perrault en un *Discurso sobre la Oda*, al que seguía una oda pindárica *Sobre la toma de Namur*, oda incontestablemente mediana por el fondo y por la forma. Después dió, con su traducción del *Tratado de lo Sublime* de Longino, nueve pequeñas disertaciones, las *Reflexiones sobre Longino*, que son la apología más indigesta y torpe.

La disputa entre Boileau y Perrault degeneró en desavenencia personal. Arnaud, su amigo común, los reconcilió en 1694. De esta suerte terminó la primera fase de la lucha. Quince años después se reanudó ésta entre Lamothe-Houdart y la Sra. Dacier. Perrault había muerto y Boileau estaba para morir; por otra parte, siendo amigo de Lamothe que le había llamado el Horacio francés y había calificado sus obras de escritos sublimes, se hubiera visto en grave apuro para tomar partido.

Lamothe-Houdart, hombre de gran talento é ingenio¹, mimado de los salones mundanos donde brillaba por sus maneras, triunfó muy especialmente en la ópera con *Amadís*², el *Triunfo de las Artes y Alción*. Tuvo algunos éxitos en la comedia y también con la tragedia *Inés de Castro*. Hizo fábulas, églogas, muy olvidadas hoy, y escribió en prosa *Reflexiones sobre la crítica* y un *Discurso sobre la poesía en general*, obra en que no faltan los pensamientos ingeniosos ni el encanto de una forma feliz. En él llama á la poesía « un arte para ponerse en la imposibilidad de expresar exactamente lo que desearía uno decir », al paso que « la prosa dice blanco cuando quiere decirlo y en esto estriba su ventaja ». Comparte con Fenelón esta severidad contra la prosodia.

La Sra. Dacier, hija de un profesor erudito y erudita á su vez, dotada al mismo tiempo de una gracia y de una modestia que contribuían á realzar su docto saber, se casó con uno de los mejores discípulos de su padre, y ambos se propusieron dar á conocer la antigüedad con traducciones destinadas á vulgarizar las obras de la misma.

Precisamente, sirviéndose de la *Iliada francesa* de la Sra. Dacier, hizo en verso su *Iliada abreviada* Lamothe que desconocía el griego.

— No he creído, escribía á Fenelón, que una traducción fiel pudiese agrandar en Francia. He hallado en toda ella, á lo menos en lo que se relaciona

1. Su correspondencia con la duquesa del Maine, poco conocida, está llena de ingenio y de delicadeza.

2. Como se ve, después de haber inspirado en gran parte la novela pastoril, la figura de *Amadís* aparece en el teatro con la ópera. Respecto á la influencia de este famoso libro español en Francia, vease la obra *La Comédie espagnole en France*, del señor Martinenche. (N. del Tr.)

con nuestro tiempo grandes defectos unidos con grandes bellezas; por eso me he atenido á una imitación muy libre y aún á veces me he arriesgado á ser enteramente original.

Lamothe ha suprimido todo lo que no era relato seco, es decir todo lo que constituye la gracia del antiguo Homero, el sentimiento, la sencillez, el color, las acciones brutales de los héroes, las intervenciones tan llenas de vida de los dioses, las descripciones y ese abandono y esas repeticiones que han hecho que se acuse al poeta de dormirse algunas veces; en cambio sus guerreros resultan hombres cultos y galantes y hacen la guerra adornados con encajes. La edición de Lamothe apareció con un grabado en el frontispicio; Homero, guiado por Mercurio, pone su lira en manos de Lamothe.

El autor había procurado, por otra parte, conquistar diestramente á los Dacier, diciendo al marido que su aprobación equivalía á una apotheosis, y á la esposa que á ella debía el conocer á Homero.

Si Lamothe creía demostrar la superioridad de los modernos (él decía: Homero y yo) no tardó en desengañarse. La Sra. Dacier, que tenía entonces 63 años, no pudo contenerse y lanzó su *Tratado de las causas de la corrupción del gusto*, en que su indignación rebasó todos los límites. Lamothe respondió con sus *Reflexiones acerca de la Crítica*; burlándose, con urbanidad perfecta, respondía al ataque fulminante y ponía al público de su parte. « La obra de la Sra. Dacier, dice Voltaire, era digna de un sabio y la de su contradictor, digna de una mujer de ingenio. »

La Disputa sobre los antiguos y los modernos, después de algunas otras polémicas, acabó espontáneamente por cansancio. El debate estaba agotado por el momento, pero debía renacer más tarde. Se había probado demasiado por una y otra parte; con menos animosidad hubieran acabado por entenderse. Lamothe-Houdart y la Sra. Dacier se reconciliaron, como antes lo habían hecho Boileau y Perrault, conservando cada uno sus convicciones, cosa que, después de todo, importaba poco.

La cuestión era pasar una ó dos horas en los salones literarios que, á no ser por la Querella, no hubieran tenido acaso asuntos de que tratar.

1. Mas de un siglo antes que la señora Dacier había escrito admirablemente sobre este tema nuestro insigne Luis Vives. (N. del T.)

CAPÍTULO I

EN EL CAMPO DE LOS BURGUESES

Boileau. — Sus hermanos. — Su infancia. — Sus principios. — Sus obras y sus prefacios. — Su ancianidad. — Su muerte. — Mala cabeza y buen corazón. — El abogado Patru. — Boileau y Molière. — Boileau hombre de buena vida. — Boileau y la sociedad. — Boileau y el Rey. — Su *Arte Poética*. — El *Facistol*. — *Varia*. — La Expresión poética. — El realismo de Boileau. — Boileau y Diógenes. — Su Vocabulario pintoresco. — Sus timideces. — Los géneros literarios. — El Arte y la Moral. — Antiguos y Modernos. — La Antigüedad y la Crítica. — Los Enemigos de Boileau. — Boileau y la poesía. — Un hombre honrado.

En presencia de toda aquella sociedad, excitada por la fiebre del amor á las letras, por las sabias disputas, por el culto de la belleza bajo la forma sutil de la más delicada poesía, es ya tiempo de hacer surgir el espectro de Banco, el brutal y robusto burgués que no entendía nada de todas aquellas finuras y que atropelló á todos aquellos huéspedes de los salones; me refiero al prudente y prosaico Boileau.

Nació Boileau el 1 de noviembre de 1636, el año del *Cid*, en París, calle de Jerusalén, inmediata á la casa natal de Voltaire, y en la misma casa en que escribieron la *Sátira Menipea* el canónigo Santiago Gillet, Le Roy, Rapin, Pithou, Passerat y F. Chrestien. Era su padre, como todos los Boileau, escribano de cámara del Parlamento. Tenía Boileau catorce hermanos y su madre murió antes que él llegase á conocerla. Ya se echa de ver en sus obras, donde no se halla ni el menor rasgo de ternura ó emoción; ignoraba las cualidades y dulces virtudes de la mujer y de la madre. La operación de la talla, que tuvo que sufrir á los ocho años, debía mantenerle toda su vida lejos de los sentimientos tiernos en un celibato malhumorado y egoísta.

Uno de sus amigos ha dicho á este propósito:

La infancia del Sr. Despréaux fué de las más laboriosas. Tuvieron que hacerle la operación de la talla á los ocho años y se resintió toda su vida de esta operación. Habiendo perdido á su madre en muy tierna edad y hallándose su padre siempre muy ocupado en sus negocios, quedó confiada la educación del gran poeta á una vieja criada que la trataba con despotismo. Tenía además que sufrir otra autoridad, la de Gil Boileau, su hermano mayor, gran amigo de Cotín y de Chapelain y además muy envidioso del mérito naciente de su hermano menor, que pasó sus primeros años en una especie